

1.020 vitorianos recibieron ayer su 'bautismo del aire'

Un tiovivo con alas

J.C. Pérez Cobo

VITORIA. Más de mil vitorianos volaron ayer por primera vez en su vida. Se repartieron en los seis viajes que, sobre la provincia, organizó la Cadena SER con motivo de los diez años del aeropuerto de Fuenterrabía. El avión, llamado *Vizcaya*, era un Boeing 737 de la compañía Nortjet con 170 plazas y se llenó de pasajeros en cada viaje.

Los viajeros llegaban en oleadas sucesivas de autobuses a la explanada frente a la torre de control. Allí las estrictas normas de seguridad del aeropuerto les obligaban a permanecer en los vehículos hasta el aterrizaje del avión. A pesar del tedio y el calor considerable, el ánimo estaba muy alto. Los niños, ante la seguridad de subir a un avión, se comportaban con sorprendente calma. Uno de ellos, de unos diez años, precisaba a sus compañeros «yo ya he montado cinco o siete veces, pero es la primera vez que me subo en un avión».

Cuando por fin llegaba el avión hasta las proximidades de los autobuses, los asientos se volvían definitivamente incómodos y se estaba mejor de pie. Los niños se apretaron hacia las puertas de salida. Pero todavía había que esperar. Debían descender los pasajeros del turno anterior y los servicios del avión tenían que revisar o limpiar. Llegó la esperada señal para ir hacia el avión, comenzaba una especie de carrera a ver quién era el primero. Los niños desalojaron los autobuses en un tiempo récord y los encargados se desgranaban «¡que no hace falta correr!».

En el aire

«Parece no ser nada», decía con cierto aire de desilusión una señora mientras buscaba en el bolsillo del asiento la hoja informativa sobre el sistema de seguridad



Algunos vitorianos volaron ayer por primera vez, viendo su provincia desde el aire.

EFE

del avión que había tomado durante las instrucciones de las azafatas. «Mira, eso es Martiada, eso Mendoza y ahora Trespuentes». El altavoz interior informaba de que «la duración estimada del vuelo será de veinte minutos, lo haremos a una altura de 1500 pies y la velocidad será de 800 kilómetros por hora».

«A la izquierda pueden ver la ciudad de Miranda», informaba la azafata. Pero el comandante, José María Catalá, tenía reservadas algunas sorpresas para el pasaje. Realizó

una serie de giros muy cerrados para relativo susto de algunos, gritos de muchos y alegría infantil. «¡Qué guay! ¡Que lo haga otra vez!».

En este viaje no se mareó nadie, pero, en otros, muchos tuvieron que utilizar las bolsas previstas a tal efecto. El piloto comentaba, ya en tierra, que «muchas de estas personas no habían tenido nunca la oportunidad de subir y había que hacerle notar un poco el placer de volar. Luego, si se montan en un viaje de línea comprobarán que es mucho

más aburrido. El avión se pone en horizontal y sigue así hasta el destino».

«Por la derecha pueden ver Haro». La señora desilusionada porque no se notaba nada, se abanicaba con entusiasmo y decía a su acompañante, muy serio y muy callado, «mira, abuelo, la sombra del avión». Otra señora decía «¡me da pena que estas vueeltas nos las han dado antes de comer, que si no cualquiera sabe lo que hubiera podido pasar».

Otros se quejaban de lo pequeñas que son las ventanillas de los aviones y un joven comentaba con otro «esto parece un vasa pilotado por el Barón Rojo». Unos chicos, por otra parte muy formales, le pedían a la azafata otro caramelo.

Los pantanos

«Mira, mira el pantano. Parece un charco». El viaje termina y se informa «sobrevolamos la ciudad de Vitoria, aterrizaremos en unos instantes, bienvenidos a Vitoria. No abandonen sus asientos hasta que los motores estén totalmente parados».

La cara de satisfacción al descender del avión era generalizada, salvo aquellos un poco pálidos que habían sentido molestias digestivas. «Pues ahora que le había quitado el miedo nos tenían que llevar hasta Málaga», le comentaba una señora mayor a su compañera de la misma edad. «O más lejos». Los niños, y los mayores, se quejaban de lo corto del viaje. «Lo largo que parecía cuando estábamos en el coche y no ha durado nada». Sólo queda ya la vuelta a Vitoria en un transporte tan anodino, ya, como el autobús.

El nuevo turno toma ya por asalto el aparato. Un chaval llega en silla de ruedas. El comandante, desde la ventanilla de la cabina, grita «¡ese subímelos a la cabina». Al niño, cuando se entera, se le ilumina la cara.